

ANDANZAS SERRANAS

El mayor valor que tendrá este relato es, si no el literario, sí el testimonial, que por puro azar estoy yo en disposición de realizarlo. Lo transmito a los lectores como humilde homenaje a una persona muy querida, y declaro la veracidad de cuanto aquí escribo, para que contéis con la tranquilidad de tener por cierto cuanto refiero en esta historia.

Apenas hace dos años que falleció Pepe, el padre de mi amigo. Sus alumnos del Instituto lo trataban, claro, de Don José María, o José María a secas, y lo hacían con una distancia acorde al respeto que él mismo se hacía intencionadamente merecer, pero yo tuve la fortuna de esa familiaridad que te permite conocer con más profundidad, o acaso es simplemente otra faceta de la vida cotidiana, a la persona verdadera, la que más se parece al concepto que de uno mismo se intenta tener, que en otros ámbitos ocultamos.

Más de cuarenta años he estado visitando aquella casa – aquel hogar -, en el cual fui siempre, y sigo siendo, bien recibido.

Se me quedó grabado en el recuerdo la mención que realizó a Alejandro Magno el día que me preguntó mi nombre, siendo yo, claro, un niño aún, y bastante tímido, que ni sabía quién era ese tal, ni tenía la soltura de conversa que pueda tener cualquier adulto funcional.

A partir de ahí, como digo, y durante tantos años, han sido muchos los momentos familiares compartidos en esa casa de El Escorial. Sin yo saberlo entonces, estaba empapándome en aquella casa de unos hábitos que no presenciaba en la propia: veíamos películas de cine clásico, teníamos los niños un espacio propio – y respeto – para dibujar cómics o jugar al rol, recibíamos charlas improvisadas, espontáneas –pensamientos en voz alta – sobre uno u otro episodio histórico... hoy comprendo, claro, que lo que Pepe hacía era desarrollar su propia comprensión de los sucesos, haciéndonos partícipes –ignorantes y frecuentemente mudos interlocutores- de sus disquisiciones.

Para mí, lo más peregrino, sin duda, era la costumbre que había en esta familia

de bendecir la mesa: no sabía yo cómo comportarme, ni si repetir mentalmente la bendición, o rezar un padrenuestro, que era la única oración que yo conocía, de tanto escucharla. Y aún hoy es una costumbre que me cuesta un tanto comprender, pero no quiero irme por las ramas, pues no me he propuesto como misión hablar de mis limitaciones, sino relataros la maravilla que hizo Pepe y de la cual yo he tenido el honor de ser objeto de su realización, de algún modo.

Como digo, Pepe era un modesto profesor de Instituto. No obstante, y como nos sucede a tantos, no basta esa etiqueta para definir su persona, sino que es un punto de partida, un convenio que nos sirve para descubrir, a través del estereotipo, a la persona en cuestión. De modo menos genérico, Pepe era un amante del conocimiento, y creo que podría añadir que especialmente del conocimiento erudito: sea cual fuere el tema objeto de estudio, había de formarse una idea completa del tema a través de cuantos materiales estuviesen a su disposición, acudiendo además a las fuentes originales. No en vano, estaba acreditado como investigador en la Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, era experto en literatura medieval, habiendo publicado y traducido varios libros sobre este particular, y poseía él mismo una extensa biblioteca personal – otra de esas cosas que, en mi casa, entonces, era impensable -.

Pues bien, al poco tiempo de su fallecimiento, en uno de aquellos días en que yo estaba acompañando a la familia, me invitaron a tomar cuantos libros quisiera de la biblioteca.

- *Yo, ¡para qué los quiero!* – decía la viuda, y ninguno de los hijos podía hacerse cargo, aunque quisiera, de tantos y tantos ejemplares. Otros familiares ya habían cogido algunos libros y el deseo de la viuda era que fuesen a parar a alguien que les diera provecho.

Entré en la sala de la biblioteca con un respeto especial; él ya no estaba entre los vivos, pero seguía siendo su biblioteca, manifestando vivamente el recuerdo de su presencia: no sólo había libros, sino que era su despacho, su lugar de trabajo: ahí estaba su escritorio, sus útiles de estudio, su gorra, su pipa, toda una

colección de pequeños objetos que, sin el uso que él personalmente les daba, me asemejaban estar en una efímera sala de museo, como cuando va uno a ver la casa-museo de algún escritor ilustre.

Me gustaría describiros con detalle los títulos y temas que tenía recopilados, ¡pero me extendería demasiado! Baste recordar que Pepe amaba el conocimiento, como he dicho antes, y esto se reflejaba en sus estanterías. Como no podía yo tampoco llevármelo todo, resolví escoger un conjunto temático de libros: el de la Sierra de Guadarrama.

Hasta entonces, yo había hecho alguna excursión aislada, un par de pernoctas en verano, una visita a San Ildefonso, Peñalara y El Páular, y claro, la Travesía de las Cumbres, pero no había profundizado mucho más allá de un acercamiento curioso, turístico.

Cuál no sería mi sorpresa cuando, unos días después, ya en casa catalogando los libros, descubro un cuadernito gris, preso de un fino cordel anudado, en el cual no había reparado antes: se trataba de un manuscrito de puño y letra del mismo Pepe, profusamente ilustrado y plagado de pequeñas anotaciones. Imaginad qué emoción sentí al leer las primeras líneas:

«Sea usted bienvenido, lector – o lectora – a este cuaderno que es fruto del trabajo de investigación de muchos años de andanzas. Tiene usted en sus manos la relación y anotaciones de mis excursiones por la Sierra de Guadarrama

-- provar todas las cosas el apóstol lo manda,

fue yo provar la syerra e fiz loca demanda --,

motivadas por el afán de comprender verdaderamente cómo los Hombres, al través de la Historia, afrontaron estos desplazamientos: no tenía el viajero medieval, hasta el s.XIII, más que representaciones simbólicas del espacio, así pues, este *homo viator* guiábase antaño por conocimiento propio del camino - si lo tuviere -, por relatos de terceros, o por orientación astral»

Más adelante, el escrito proseguía:

«Desde la invasión musulmana, las montañas del centro de la Península Ibérica fueron territorios casi despoblados, apenas recorridos por grupos de pastores nómadas que sobrevivían en precarias chozas, hasta finales del s.XI, en que comienza la repoblación cristiana promovida por el Rey Alfonso VI, quien en 1085 toma la ciudad de Toledo, hito que estructuraría la expansión hacia el sur. Es en el año 1088 que se refunda Segovia, hasta entonces *hierma* y mal poblada, y a partir de entonces se organizan administrativamente las Comunidades de Villa y Tierra, con el objetivo global de repoblación y combate en primera línea de frontera de los territorios al sur del río Duero, esto es, *las Extremaduras*. La que un tiempo fue conocida como *Marca Media*, correspondiente con las sierras del Sistema Central – Gredos, Malagón, Guadarrama, Somosierra, Ayllón -, no volvería ya a estar bajo dominio musulmán»

Continuaba la Introducción con todo un repaso histórico y menciones historiográficas que, por su detalle y profusión, no ha lugar relacionar aquí. Os he resumido hasta ahora lo más principal, y termino reproduciendo el mensaje último de esta primera parte del manuscrito. Más allá, como he dicho, páginas y páginas que reproducen rutas o trayectos tales como el camino de *Balat Humayd*, la subida a la alberguería del puerto de *Malagosto*, la búsqueda de la guarida de *Barrasa* en los pinares de la *Fuenfría*, o el trayecto Segovia – Madrid por el *Camino de los Carros*. Rutas que estos últimos meses he ido realizando siguiendo las indicaciones y los pasos de Pepe, que me han permitido un acercamiento más completo a este maravilloso lugar que separa las dos mesetas, y al trabajo de este hombre extraordinario, que consistió en recopilar y expandir el conocimiento y costumbres humanas que permitieron unir ambas.

«He re-creado, durante más de veinte años, los trayectos conocidos de otros hombres, y a estos he añadido otros probables, con esperanza de alcanzar un

conocimiento verdadero sobre cuanto atañe a esta Sierra, que ha sido refugio y sustento vital para unos y puerta de entrada al abismo ultramundano para otros. Si bien no he dispuesto, y por tanto desconozco, el destino de este cuaderno, ignorando si será objeto de ulterior publicación o relegado al reposo polvoriento en un estante, en espera que lo royan los ratones, te invito, lector curioso, a calzarte unas buenas botas y a disfrutar, como yo lo hice, de estas andanzas serranas, de la mano de mis humildes pero rigurosas y apasionadas observaciones»

Pseudónimo: Jano

Alejandro Cristobalena Miralpeix